

[www.elboomeran.com/](http://www.elboomeran.com/)

Ian McEwan

# Máquinas como yo y gente como vosotros

Traducción de Jesús Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*

Machines Like Me

Jonathan Cape

Londres, 2019

*Ilustración:* maniqués reproducidos con permiso  
de Rootstein Display Mannequins. Fotos © Suzanne Dean

*Primera edición: septiembre 2019*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Jesús Zulaika, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2019

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-8046-5

Depósito Legal: B. 17960-2019

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*Para Graeme Mitchison*  
*1944-2018*

Pero recordad, por favor, la Ley conforme a la cual vivimos;  
no estamos hechos para entender una mentira...

RUDYARD KIPLING,  
«El secreto de las máquinas»

1

Era el anhelo religioso con el don de la esperanza; era el santo grial de la ciencia. Nuestras ambiciones fluctuaban –más alto, más bajo– gracias a un mito de la creación hecho real, a un acto monstruoso de autoamor. En cuanto fuera factible, no tendríamos otra opción que seguir nuestros deseos y atenernos a las consecuencias. En términos más elevados, aspirábamos a escapar de nuestra mortalidad, a enfrentarnos o incluso reemplazar la divinidad mediante un yo perfecto. En términos más prácticos, pretendíamos diseñar una versión mejorada, más moderna de nosotros mismos y exultar de gozo con la invención, con la emoción del dominio. En el otoño del siglo XX, llegó al fin el primer paso hacia el cumplimiento de un viejo sueño, el comienzo de la larga lección que nos enseñaríamos a nosotros mismos: que por complicados que fuéramos, por imperfectos y difíciles de describir –aun en nuestros actos y modos de ser más sencillos–, se nos podía imitar y mejorar. Y heme ahí a mí de joven, un adoptante precoz y ansioso en aquel frío amanecer.

Pero los humanos artificiales eran ya un lugar común desde mucho antes de su advenimiento, de forma que, cuando llegaron, para algunos fueron una decepción. La

imaginación, más rauda que la historia, y que los avances tecnológicos, había ensayado ya este futuro en los libros, y luego en el cine y en la televisión, como si los actores humanos, caminando con mirada vidriada y movimientos de cabeza fingidos y cierta rigidez en la zona lumbar, pudieran prepararnos para convivir con nuestros primos del futuro.

Yo estaba entre los optimistas, agraciado con unos fondos inesperados a raíz de la muerte de mi madre y de la venta de la casa familiar, que resultó estar ubicada en una zona en desarrollo de gran valor inmobiliario. El primer humano manufacturado verdaderamente viable, con inteligencia y aspecto creíbles y movilidad y cambios de expresión verosímiles, se puso a la venta la semana anterior a que el destacamento especial partiera rumbo a su misión imposible en las Falkland. Adán costó 86.000 libras. Lo traje a casa en una furgoneta alquilada, a mi poco grato apartamento de Clapham North. Había tomado una decisión temeraria, pero me animó la noticia de que Sir Alan Turing, héroe de guerra y genio insigne de la era digital, había recibido un modelo idéntico. Es muy probable que él quisiera tenerlo en su laboratorio para poder examinar detenidamente su funcionamiento.

Doce de esta primera «edición» se llamaban Adán; trece se llamaban Eva. Nombres manidos –nadie lo ponía en duda– pero comerciales. Dado que las ideas de raza biológica no gozaban de ningún crédito científico, se consideró que los veinticinco en cuestión abarcaban un variado abanico de etnias. Circularon rumores, y luego quejas, en el sentido de que los árabes no podían diferenciarse de los judíos. Tanto la programación aleatoria como la experiencia vital les garantizarían a todos ellos una libertad total en cuanto a preferencias sexuales. Al final de la primera semana, se habían agotado todas las Evas. A primera vista,

podría haber tomado a mi Adán por un turco o un griego. Pesaba setenta y siete kilos, así que tuve que pedirle a mi vecina de arriba, Miranda, que me ayudara a llevarlo desde la calle hasta el interior de la casa en la camilla desechable que venía con la compra.

Mientras las baterías empezaban a cargarse, hice café para los dos y luego fui pasando las 470 páginas online del manual de instrucciones. Su lenguaje era, en general, claro y preciso. Pero a Adán lo habían creado distintas agencias, y había retazos en los que las instrucciones tenían el encanto de un poema sin sentido. «Cubra la parte superior del chaleco del B347k para ver emoticono de output de la placa base y atenuar la penumbra de los cambios de ánimo.»

Ahora lo teníamos allí desnudo sobre la mesita del comedor, con los tobillos envueltos en cartón y poliestireno, los ojos cerrados y un cable eléctrico negro que iba desde el punto de entrada umbilical hasta la toma de corriente de trece amperios de la pared. Tardaría dieciséis horas en cargarse por completo. Luego vendrían las sesiones de descarga de actualizaciones y preferencias personales. Yo lo quería ya, y también Miranda. Como unos jóvenes padres ansiosos, esperábamos con avidez sus primeras palabras. No tenía ningún altavoz barato inserto en el pecho. Sabíamos por la publicidad entusiasta que formaba sonidos con el aliento, la lengua, los dientes y el paladar. Su piel, muy parecida a la piel viva, era ya cálida al tacto y tan suave como la de un niño. Miranda creyó verle un leve temblequeo en las pestañas. Yo estaba seguro de que lo que veía eran las vibraciones de los vagones del metro que circulaban a treinta metros bajo nuestros pies, pero no dije nada.

Adán no era un juguete erótico. Sin embargo, era capaz de actividad sexual y poseía unas membranas mucosas operativas que consumían medio litro de agua al día. Mien-

tras seguía allí, sentado en la mesa, observé que era incircunciso, que estaba bastante bien dotado y que tenía un copioso y oscuro vello púbico. Este modelo avanzado de humano artificial respondería muy probablemente a los apetitos de sus jóvenes creadores del código. Los Adanes y las Evas, se preveía, serían seres animados.

Lo anunciaban como compañía, como pareja intelectual con quien medirse, como amigo y factótum capaz de fregar los platos, hacer la cama y «pensar». Era capaz de registrar y recuperar cada momento de su existencia, cada cosa que oía y veía. De momento no sabía conducir y no se le permitía nadar o ducharse o salir los días de lluvia sin paraguas, o manejar una motosierra sin supervisión. En cuanto a autonomía, y gracias a los grandes avances en el almacenamiento eléctrico, podía correr diecisiete kilómetros en dos horas sin necesidad de recarga, o, en su equivalente en energía, conversar sin descanso durante doce días. Su vida útil era de veinte años. De complexión compacta, hombros cuadrados, piel oscura y pelo negro tupido peinado hacia atrás; de cara estrecha, con un toque de nariz aguileña que sugería una aguerrida inteligencia, párpados caídos y meditados, labios apretados que, en aquel mismo momento, mientras le estábamos mirando, se vaciaban de su cadavérico tinte blanco amarillento y adquirían un rico color humano, e incluso se relajaban un poco en las comisuras. Miranda dijo que parecía «un cargador de muelle del Bósforo».

Ante nosotros teníamos el último juguete, el sueño inmemorial, el triunfo del humanismo, o a su ángel de la muerte. Apasionante en grado sumo, pero también frustrante. Dieciséis horas eran mucho tiempo para aguardar y observar. Pensé que por la cantidad que había pagado después del almuerzo, Adán tendría que estar ya cargado y listo para funcionar. Eran las primeras horas de una tarde

invernal. Hice tostadas y tomamos más café. Miranda, doctoranda en historia social, dijo que ojalá la adolescente Mary Shelley hubiera podido estar allí con nosotros observando detenidamente no a un monstruo como el de Frankenstein, sino a aquel apuesto joven de piel oscura que estaba cobrando vida. Y yo dije que lo que ambas criaturas compartían era el hambre de electricidad, esa fuerza que insuflaba vida.

—Nosotros también la compartimos.

Lo dijo como si se estuviera refiriendo solo a nosotros, no a toda la humanidad, colmada de carga electroquímica.

Miranda tenía veintidós años —le llevaba diez—, y era muy madura para su edad. Visto desde cierta distancia, no teníamos mucho en común. Salvo que éramos gloriosamente jóvenes. Pero yo me consideraba en una etapa vital diferente. Mi educación formal había quedado muy atrás. Había pasado por una serie de fracasos profesionales, económicos y personales. Me veía como un tipo curtido y duro, demasiado cínico para una joven adorable como Miranda. Y aunque era hermosa, de pelo castaño claro y cara larga y fina y ojos que a menudo se estrechaban por un resaca reprimido, y aunque en ciertos estados de ánimo la miraba maravillado, había decidido hacía mucho tiempo asignarle estrictamente el papel de vecina y amiga amable. Compartíamos el vestíbulo de la entrada, y su minúsculo apartamento estaba justo encima del mío. Nos veíamos de vez en cuando para tomar un café, y charlábamos sobre relaciones humanas y política y asuntos por el estilo. Con una neutralidad perfecta, Miranda daba la impresión de sentirse cómoda ante las posibilidades que pudieran presentársele. Para ella, al parecer, una tarde de placer íntimo conmigo habría tenido un peso equivalente a una charla casta y amigable. Se sentía relajada en mi compañía, y yo prefería pensar que el sexo lo habría echado todo a perder.

Seguíamos siendo, pues, buenos compinches. Posiblemente, sin saberlo, yo llevaba enamorado de ella varios meses. ¿Sin saberlo? ¿Qué formulación más endeble!

De mala gana, acordamos no hacer caso a Adán y no vernos el uno al otro durante cierto tiempo. Miranda tenía un seminario al que asistir al norte del río, y yo tenía emails que escribir. A principios de los setenta las comunicaciones digitales habían perdido su aire de recurso para convertirse en una tarea rutinaria. Al igual, por ejemplo, que los trenes de alta velocidad (400 kilómetros por hora), abarrotados y sucios. El software de reconocimiento de voz, aquel milagro de los años cincuenta, hacía tiempo que se había vuelto una actividad tediosa, y eran muchas las personas que sacrificaban varias horas al día a retraídos soliloquios. La interconexión cerebro-máquina, fruto audaz del optimismo de los sesenta, apenas conseguía despertar el interés de un niño. Aquello para lo que la gente hacía cola durante todo el fin de semana pasaba a ser algo, seis meses después, tan interesante como los calcetines de los pies. ¿Y qué sucedía con los cascos de potenciación de la cognición, los frigoríficos parlantes y con sentido del olfato? Atrás había quedado el tiempo de la alfombrilla del ratón, la agenda Filofax, el cuchillo eléctrico, el juego para fondue. El futuro seguía llegando. Nuestros brillantes juguetes nuevos empezaban a oxidarse antes de que pudiéramos llegar con ellos a casa, y la vida seguía más o menos como siempre.

¿Llegaría Adán a aburrirnos? No es fácil de decir mientras uno aún trata de sobreponerse al remordimiento del comprador. Seguramente habrá otra gente, otras mentes que seguirán fascinándonos. Mientras la gente artificial vaya pareciéndose más a nosotros, y luego se convierta en nosotros, y luego llegue a superarnos, jamás podremos cansarnos de ella. Está «condenada» a sorprendernos. Y po-

dría fallarnos de modos allende nuestra imaginación. La tragedia es una posibilidad, el aburrimiento no.

Lo tedioso de verdad era la perspectiva del manual del usuario. De las instrucciones. Yo tenía el prejuicio de que una máquina que no puede decirte cómo debe utilizarse mediante su propio funcionamiento no merece la pena. Siguiendo un impulso anticuado, estaba imprimiendo el manual y buscando una carpeta para guardar las hojas. Y mientras lo hacía no dejé en ningún momento de dictar emails.

No podía pensar en mí como el «usuario» de Adán. Había dado por sentado que nada podía aprender de él que él mismo no pudiera enseñarme. Pero el manual que tenía en las manos se había abierto en el capítulo catorce. El lenguaje, en él, era sencillo: preferencias, parámetros de personalidad. Luego una serie de epígrafes: Amabilidad, Extraversión, Apertura a la experiencia, Escrupulosidad, Estabilidad emocional. La lista me era familiar. El modelo Cinco Factores. Educado en humanidades, tales categorías reduccionistas me inspiraban un gran recelo, aunque sabía por un amigo psicólogo que en cada elemento había muchos subgrupos. Al ojear la página siguiente vi que se suponía que tenía que seleccionar varias opciones de configuración en una escala del uno al diez.

Yo esperaba a un amigo. Estaba preparado para acoger en mi casa a Adán como a un invitado, como a un ser desconocido a quien llegaría a conocer. Y lo esperaba óptimamente ajustado. La configuración de fábrica..., sinónimo contemporáneo del sino. Mis amigos, familiares y conocidos, todos habían aparecido en mi vida con una configuración fija, con historias inalterables de genes y entornos. Yo quería que mi costoso amigo nuevo fuera igual que ellos en este aspecto. ¿Por qué dejarme esa tarea a mí? Pero, por supuesto, sabía la respuesta. No muchos de nosotros

tienen un ajuste óptimo. ¿El tierno Jesús? ¿El humilde Darwin? Uno cada 1.800 años. Por mucho que Adán hubiera sabido los mejores, los menos dañinos parámetros de la personalidad, algo que no podía saber, una multinacional con una reputación de altísimo nivel no podía arriesgarse a un contratiempo grave. Era el comprador el que asumía el riesgo.

Dios había entregado un día una compañera totalmente formada para contento del Adán original. Yo tenía que diseñar un «compañero» para mí mismo. Aquí entraban la Extraversión y una serie escalonada de manifestaciones pueriles. *Adora ser el alma de la fiesta y Sabe cómo entretener a la gente y cómo liderarla.* Y en el fondo *Se siente incómodo con la gente y Prefiere su propia compañía.* Aquí en la mitad leo: *Disfruta con una buena fiesta, pero siempre se siente feliz al volver a casa.* Ese era yo. Pero ¿debía replicarme a mí mismo? Si lo que iba a hacer era elegir de la mitad de cada escala muy probablemente estaría diseñando el alma de la blandura misma. La Extraversión parecía incluir a su antónimo. Había una larga lista de adjetivos con casillas para marcar: sociable, tímido, excitable, hablador, retraído, jactancioso, modesto, osado, energético, taciturno. No quería ninguno de ellos para él, ni para mí.

Aparte de mis momentos de decisiones locas, me he pasado la mayor parte de mi vida, sobre todo cuando estoy solo, en un estado de neutralidad anímica, con la personalidad, sea esta lo que fuere, en suspenso. No osado, no retraído. Aquí, sencillamente, ni contento ni sombrío, pero cumplidor con lo que he de hacer, pensar en la cena, o en el sexo, mirar la pantalla, darme una ducha. Intermitentes pesares del pasado, ocasionales premoniciones del futuro, vaga conciencia del presente, salvo en la obvia esfera sensorial. La psicología, tan interesada en un tiempo

por los trillones de modos en que la mente yerra, se sentía atraída hoy por lo que consideraba emociones normales, desde la congoja a la alegría. Pero había pasado por alto un vasto dominio de la existencia cotidiana: cuando no hay enfermedad, ni hambruna, ni guerra ni otras zozobras, gran parte de la vida se vive en la zona neutra, un jardín familiar aunque gris, poco interesante, olvidado de inmediato, difícil de describir.

En aquel momento yo no podía saber que esas opciones en escala iban a afectar muy poco a Adán. Lo en verdad determinante era lo que se conocía como «aprendizaje de la máquina». El manual del usuario brindaba apenas una influencia y un control ilusorios: ese tipo de ilusión que tienen los padres en relación con las personalidades de sus hijos. Era un modo de atarme a mi compra y proveer protección legal al fabricante. «Tómese su tiempo», aconsejaba el manual. «Elija con cuidado. Emplee varias semanas si lo considera necesario.»

Dejé pasar media hora antes de volver a examinarlo. Ningún cambio. Seguía en la mesa, con los brazos extendidos ante él y los ojos cerrados. Pero me pareció que el pelo, de un negro muy intenso, se le había abultado un tanto y había adquirido cierto brillo, como si acabara de ducharse. Me acerqué un poco más y vi, para mi deleite, que, aunque no respiraba, se le detectaba, justo en la mitad izquierda del pecho, un pulso regular, constante y calmado; una pulsación por segundo, más o menos, según mi cálculo de profano. Qué tranquilizador. No tenía sangre que bombear, pero esa simulación producía un efecto. Mis dudas se despejaron un poco. Me sentí protector de Adán, por mucho que tuviera conciencia de lo absurdo de ese sentimiento. Alargué la mano y la puse sobre su corazón, y sentí contra la palma su cadencia tranquila, yámbica. Sentí que transgredía su espacio privado. En esas señales

vitales era muy fácil creer. La calidez de la piel, la consistencia y la respuesta del músculo de debajo; mi razón decía «plástico», pero mi tacto decía «carne».

Era extraño estar allí de pie, junto a un hombre desnudo, pugnando entre lo que sabía y lo que sentía. Lo rodeé hasta situarme a su espalda, en parte para quedar fuera del radio de unos ojos que podían abrirse en cualquier momento y sorprenderme estudiándole. Era musculoso en torno al cuello y la columna. Un vello oscuro le crecía entre los hombros. Las nalgas exhibían unas concavidades robustas. Más abajo, unas nudosas pantorrillas de atleta. No esperaba un superhombre. Y lamentaba una vez más haber llegado tarde y no haber podido hacerme con una Eva.

Al salir me detuve un momento para mirarlo de nuevo y experimenté uno de esos momentos capaces de trastornar la vida emocional: una asombrosa toma de conciencia de lo obvio, un absurdo salto de comprensión a lo que uno ya sabe. Me quedé con una mano apoyada en el pomo de la puerta. Seguramente fue la presencia física y la desnudez de Adán lo que generó en mí esa intuición, pero lo cierto es que no le estaba mirando a él. Era el recipiente de la mantequilla. Y también dos platos y dos tazas, dos cuchillos y dos cucharillas encima de la mesa. Los restos de mi larga sobremesa con Miranda. Dos sillas de madera separadas de la mesa, amigablemente vueltas la una hacia la otra.

Nos habíamos acercado más el mes anterior. Hablábamos con facilidad. Vi cuán preciada era para mí y cuán a la ligera podía perderla. Yo ya debería haber dicho algo a estas alturas. Había dado por sentado el hecho de su amistad. Un acontecimiento adverso, una persona, un compañero de estudios... podía interponerse entre nosotros. Su cara, su voz, sus modos, a un tiempo reticentes y lúcidos, seguían vivamente presentes. El tacto de su mano en la mía, aquel porte preocupado, perdido, suyo... Sí, nos ha-

bíamos acercado mucho y yo no me había dado cuenta de que estaba sucediendo. Era un idiota. Tenía que decírselo.

Volví a mi estudio, que hace las veces de dormitorio. Entre el escritorio y la cama había espacio suficiente para pasearse de un extremo a otro. El que ella no supiera nada de mis sentimientos se había vuelto algo inquietante ahora. Expresarlos sería embarazoso y arriesgado. Era una vecina, una amiga, una especie de hermana. Le estaría hablando a alguien a quien aún no conocía. Se vería obligada a salir de detrás de una pantalla, o a quitarse una máscara y hablarme en términos que nunca le había oído hasta ahora. *Lo siento tanto... Me gustas mucho, pero verás...* O se mostraría horrorizada. O, también era posible, alborozada al oír lo que tanto tiempo llevaba esperando oír o decir ella misma y no se había atrevido a hacerlo por miedo al rechazo.

El caso es que, por azar, los dos estábamos ahora libres. Seguro que había pensado en ello, en nosotros. No era una fantasía imposible. Tendría que decírselo cara a cara. Insufrible. Ineludible. Y así iban las cosas, en ciclos de ajuste. Inquieto, volví a la cocina. No aprecié cambio alguno en Adán al pasar rozándole para ir hasta el frigorífico, donde aún me quedaba media botella de vino blanco de Burdeos. Me senté frente a él y levanté la copa. Por el amor. Esta vez sentía menos ternura. Vi a Adán como lo que era, un artefacto inanimado cuyos latidos no eran sino descargas eléctricas rítmicas, y cuya calidez de la piel no era más que mera química. Cuando se activara, algún tipo de microscópico mecanismo de rueda de equilibrio forzaría la apertura de los ojos. Entonces parecería que me veía, pero estaría ciego. Ni siquiera ciego. Cuando empezara a funcionar, otro sistema le infundiría una apariencia de respiración, pero no de vida. Un hombre recién enamorado sabe lo que es vida.